



D

A lo largo de la historia, el arte ha dedicado un espacio importante a la presencia del animal, su simbolismo y la tematización de los vínculos afectivos que tienen lugar entre especies, elaboraciones que resuenan hasta nuestros días. El autor da cuenta de ese devenir, lo actualiza en el tiempo y lo aterriza en el contexto de su propia experiencia como profesor de una escuela de artes. De esta manera, el libro configura una suerte de intertexto donde toman voz la historia del arte, los estudios visuales, la filosofía, la estética, el estudio de los símbolos y la literatura. En la manera como teje sentido entre temporalidades, especies y espacios, propicia una suerte de paneo conceptual que, a pesar de la amplitud de mirada, no resulta superficial ni ligero, más bien da cuenta de una manera afortunada de entender y aplicar la transdisciplinariedad académica.

Esta serie de ensayos configuran un modo ejemplar de abordar la investigación–creación desde las artes, de operar un rastreo arqueológico y de acotar una reflexión analítica, que se destaca como acción *ethopoiética*, es decir, como expresión de una vida, implicada con los actos, las convicciones y las posturas que en determinado momento asumimos, a pesar del riesgo que tales acciones entrañan. Una manera de reelaborar el relato de la propia existencia que, como lo reitera el autor del libro, se convierte en punto de quiebre para exteriorizar una particular *techné* del mundo afectivo.

PHD. MARGARITA CALLE

Directora Maestría en Estética y Creación
Universidad Tecnológica de Pereira



DEVENIRES ANIMALES



Pedro Antonio Rojas Valencia

Profesional en Filosofía y Letras,
Magister en Estética y Creación y
Doctor en Diseño y Creación. Profesor
del Departamento de Artes Plásticas de
la Universidad de Caldas. Ensayista y
caminante, su interés principal es la
estética y la crítica de arte. Entre sus
publicaciones se encuentran: *Michel
Foucault, la música y la historia* (2021),
Variaciones del paisaje (2020) y *Levedad:
La desnudez de Rose Sélavy* (2018).

Introducción

El presente libro contiene algunos de los escritos que he realizado en el marco del proyecto *Ecoestética, educación y resistencia*, dirigido por Adolfo León Grisales Vargas PhD⁵. En la investigación nos hemos propuesto estudiar, desde distintas perspectivas, el papel de la estética, el arte y la educación en la actual crisis ambiental. En un primer momento pudimos identificar que la naturaleza, recurrentemente, ha sido pensada como un elemento perteneciente a una esfera separada de lo humano, como si estuviera aislada por umbrales infranqueables⁶. Se han escrito grandes

⁵ La investigación fue avalada por la Vicerrectoría de Investigaciones y Posgrados de la Universidad de Caldas (Manizales-Colombia), con el código 0742119, en la convocatoria llamada “Proyectos de Investigación, Innovación y Creación”, realizada en el segundo semestre del 2019. Se trata de un proyecto que vincula al grupo *Filosofía y cultura* y al grupo *Pracma* (Prácticas artísticas, mediaciones y archivo). El proyecto tiene como coinvestigadores a Sandra Lince Salazar, Diana Carolina Arbeláez, Néstor Raúl Pérez Ramírez y quien escribe.

⁶ En la antigüedad, por ejemplo, la naturaleza ha sido pensada como aquello que “surge por sí mismo”, aquello que no somos; más adelante, con la llegada de la modernidad, ha sido entendida como aquello a nuestra disposición, como un cúmulo de recursos disponibles. Actualmente podemos encontrar los trabajos de investigación pertenecientes al pensamiento ambiental latinoamericano, en Colombia tenemos, entre otros, el legado de Augusto Ángel Maya y las publicaciones del GTA (Grupo de trabajo académico en pensamiento ambiental) y SEMPER (Seminario Permanente de Pensamiento Ambiental) de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, coordinado por Patricia Noguera y Jaime Alberto Pineda.

tratados filosóficos que ensanchan esa distancia, incluso, algunos de los pensadores más representativos de occidente definieron al hombre a partir de sus diferencias con los animales. En todo caso, en este breve aporte a la investigación he decidido seguir el camino contrario, me pregunto por los puntos de encuentro, por esos momentos en que nos identificamos con los animales; he tomado esta decisión porque considero que la estética —en tanto estudio de la sensibilidad— no puede olvidar que, en ocasiones, nos sentimos cómplices de la naturaleza y que quizá esta sea una de las sensaciones más enigmáticas de la experiencia humana.

Al comenzar a escribir estos textos me propuse pensar el lugar que ocupan los animales en el arte contemporáneo. Esta arqueología pretendía seguir minuciosamente una serie de *variaciones* sobre imágenes aparentemente insulsas: los cerdos, las gallinas y los conejos. Me pregunté por obras de arte concretas, no solo por su contenido y forma, sino por las maneras en que circulaban y eran comprendidas. Por esta razón, mis búsquedas se convirtieron —poco a poco— en una escritura indisociable de mi actual ocupación como profesor de artes. Supongo que no es una coincidencia, quizá deberíamos pensar detenidamente la manera en que la historia de los animales y sus representaciones se relaciona con la historia de nosotros mismos. Ser profesor se ha convertido en una obsesión los últimos cinco años de mi vida, quizá por ello enseñar no ha sido para mí la simple transmisión de un saber ya adquirido (mucho menos la incorporación de nuevos obreros a las filas de las llamadas industrias culturales); enseñar ha sido —ante todo— un aprendizaje, una necesidad imperiosa de escuchar las preguntas de mis estudiantes y de trasegar con ellos esos caminos boscosos, intransitados y paradójicos de la sensibilidad.

Muchas veces se ha dicho que somos la especie dominante, cuando pienso en esto recuerdo una adaptación cinematográfica de la novela de Douglas Adams, *The Hitchhiker's Guide To The Galaxy*. Al comenzar la película, observamos que algunos delfines escapan volando del planeta, al parecer sabían que iba a ser destruido por extraterrestres que se proponían construir

una autopista interestelar, entonces, se escucha una voz superpuesta que esgrime el siguiente argumento:

Es un hecho importante y conocido que las cosas no siempre son lo que parecen. Por ejemplo, en el planeta Tierra el hombre siempre asumió que era más inteligente que los delfines porque había producido muchas cosas —la rueda, New York, las guerras, etcétera— mientras que los delfines lo único que habían hecho era jugar en el agua y divertirse. Pero a la inversa, los delfines siempre creyeron que eran mucho más inteligentes que el hombre, precisamente por las mismas razones. (Jennings, 2005)

Este fragmento de la película me ha parecido una crítica, un poco irónica, de esa tendencia que se dedica a sobrevalorar lo humano, lo que en el campo académico se ha dado a llamar antropocentrismo o sujeción antropológica⁷.

⁷ Friedrich Nietzsche realizó una crítica a la suposición de que somos el centro del universo. En un fragmento de *El caminante y su sombra* sostiene que la vanidad humana es la mayor causa de risa de los dioses: “Habría que ser más perspicaz de lo que es el hombre sólo para disfrutar a fondo de la humorada que supone el hecho de que el hombre se considere el fin de todo el universo y de que la humanidad declare seriamente que no se contenta con menos que con la perspectiva de una misión universal. Si un Dios ha creado el mundo, ha creado al hombre para ser el mono de Dios, como un motivo permanente de diversión en esa eternidad suya tan excesivamente larga. La armonía de las esferas alrededor de la tierra podría ser entonces la carcajada del resto de las criaturas que rodean al hombre. El dolor sirve a ese ser inmortal que se aburre para hacer cosquillas a su animal favorito, para disfrutar con sus actitudes orgullosamente trágicas y con las interpretaciones que da a sus sufrimientos, y sobre todo para la invención intelectual de la más vana de las criaturas, por ser el inventor de ese invento. Pues el que inventó al hombre para reírse de él, tenía más ingenio que él, y también le producía más placer su ingeniosidad. Incluso hoy, cuando nuestra vanidad quiere al fin humillarse voluntariamente, la vanidad nos juega una mala pasada, al hacernos creer que los hombres seríamos, al menos en lo que a esa vanidad se refiere, algo incomparablemente milagroso. ¡Nosotros, únicos en el mundo! ¡Qué cosa tan inverosímil!” (Nietzsche, 1999, p. 40).

En mis viajes he conocido pueblos que consideran que los animales son seres sagrados, guías y guardianes; aliados que brindan fortaleza y consuelo cuando debemos enfrentar la desventura. En estas comunidades indígenas existe un respeto que se ha perdido en occidente y que suele ser asociado con la superstición y el misticismo. En las grandes ciudades, en general, los animales son tratados como seres inferiores. En otro tiempo, nuestra relación con los animales se centraba en la explotación, la domesticación o la indiferencia⁸. Sin embargo, en nuestra época, hemos presenciado las peores formas de degradación y maltrato animal. Asistimos a la época de las grandes expansiones urbanas, del destierro y la extinción de cientos de especies silvestres. El siglo XXI no será recordado por prácticas como la cacería, la tracción animal o la exhibición de contiendas, sino por la crueldad y el cinismo de las grandes industrias; por la impunidad que han tenido aquellos que se lucran al experimentar con animales, convirtiéndolos en productos cárnicos, cosméticos o farmacéuticos⁹. No deja de sorprenderme

⁸ Nietzsche nos recuerda que, en general, somos indiferentes a las prácticas de los animales: “Tenemos unas manos tan rudas, que nuestras caricias a las flores o a los animalitos, son casi siempre mortíferas para ellos, lo que no impide de ningún modo que esto nos produzca placer. Hoy es la fiesta de los animalitos, el día más sofocante del año: mirad cómo todos hormigean y se arrastran a nuestro alrededor, y nosotros, sin pretenderlo, pero sin evitarlo, aplastamos aquí a un gusanillo y allá a un pequeño insecto volador” (1999, p. 68). En otro apartado, se refiere a la manera en que nos relacionamos con ellos cuando dejan de representar una amenaza y logramos utilizarlos en beneficio propio: “En cuanto los animales nos resultan nocivos, aspiramos a destruirlos por cualquier medio. Y estos medios son con frecuencia muy crueles, sin que sea esta nuestra intención: es la crueldad de la irreflexión. Si, por el contrario, nos resultan útiles, los explotamos, hasta que una razón más sutil nos enseña que podemos beneficiarnos de ciertos animales manteniéndolos y cuidándolos, es decir, domesticándolos” (1999, p. 68).

⁹ Quizá debería añadir en esta lista productos artísticos, sin embargo, quisiera aclarar que en este libro no me ocuparé de esa práctica que se ha dado a conocer, en los últimos años, como “biocreación”; sospecho que mientras los artistas se quedan obnubilados con conejos fosforescentes, olvidan pensar en la violencia que están ejerciendo sobre la vida de los animales.

que se haya aceptado que los humanos diseñen las formas de vida de los animales y les impongan una supervivencia artificial, controlada y miserable¹⁰.

Muchos filósofos han acudido a obras de arte y creaciones literarias para agudizar su pensamiento; han utilizado, por ejemplo, las figuras de los dioses para comprender los fenómenos naturales o los acontecimientos —trágicos y gloriosos— de su historia personal o colectiva. En este caso, he preferido pensar mi vida y el arte contemporáneo estudiando las imágenes de los animales. Debo reconocer que no he sido el primero en seguir este camino. Recordemos, por ejemplo, que Nietzsche nos narra la historia de Zaratustra, en cuyos discursos podemos encontrar numerosas analogías que hacen que los humanos sean indisociables de los animales. Para el filósofo alemán los lectores deben rumiar los libros como si fueran vacas pastando, los hombres sin carácter son serviles como hambrientos son los cerdos y los mercaderes son molestos como moscas inquietas¹¹. Incluso, al momento de pensar la vida interior, Zaratustra se servía de las figuras de los animales, a través de ellos pudo enseñarnos las transformaciones del espíritu; pensemos, por ejemplo, en el tránsito del camello al león; esta

¹⁰ Jacques Derrida se percató de ese dominio que ejercemos sobre la vida de los animales, ejemplifica este punto invitándonos a imaginar campos de concentración dedicados a la experimentación científica: “Como si, por ejemplo, en lugar de arrojar a un pueblo a los hornos crematorios y a las cámaras de gas, unos médicos o genetistas (por ejemplo, nazis) hubieran decidido organizar por inseminación artificial la superproducción y la generación asistida de judíos, cíngaros y homosexuales a los que, al ser cada vez más numerosos y estar mejor nutridos, se les habría destinado en un número siempre creciente al mismo infierno, el de la experimentación genética impuesta, el de la exterminación mediante el gas o el fuego” (2008, p. 56).

¹¹ Nietzsche, en *Así habló Zaratustra*, sostiene que los mercaderes se convertían fácilmente en charlatanes: “Donde acaba la soledad, allí comienza el mercado; y donde comienza el mercado, allí comienzan también el ruido de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas venenosas.” (2003, p. 90). En otro apartado, sostiene que la pesadez se manifiesta en aquellos que tienen un espíritu sumiso y servil: “Pero masticar y digerir todo - ¡ésa es realmente cosa propia de cerdos! Decir siempre sí, ¡esto lo ha aprendido únicamente el asno y quien tiene su mismo espíritu!” (2003, p. 275).

metamorfosis de la bestia de carga al felino beligerante y altivo, nos permite comprender que en ocasiones nuestra pesadez —sumisión y cansancio— puede transformarse en deseo voluntarioso (del “debo”, al “quiero”). Comprendía el mundo a través de los animales, hablaba con ellos, eran sus amigos y maestros: su águila y su serpiente no solo le enseñaron las formas de la inteligencia y del orgullo, sino que lo cuidaron cuando estuvo enfermo, lo acompañaron y le transmitieron la serenidad necesaria para que dilucidara la doctrina del eterno retorno, su pensamiento más profundo.

En un tiempo donde las relaciones humanas son tan limitadas y asfixiantes, me he interesado por los mundos —afectivos, sensibles y perceptivos— de los animales. Necesitamos mirarlos con mayor detenimiento y comenzar a pensar a través de ellos. El arte es una práctica que nos permite —entre otras cosas— reducir la distancia que se ha instaurado entre los humanos y los animales, esta capacidad ha fascinado a numerosos escritores. Considero que los animales no son simples objetos de representación, son seres que nos permiten comprender la práctica artística. Gilles Deleuze sostiene que el arte nos permite comprender que no estamos en el mundo, sino que devenimos mundo. En otras palabras, el arte no se ocupa del mundo objetivo, sino de las sensaciones, de la manera en que la exterioridad logra transfigurarnos. Devenir animal no quiere decir “convertirnos en bestias”, sino que podemos crear un espacio entre la esfera humana y la esfera animal, un espacio abierto a todo tipo de variaciones, disoluciones e intensidades¹².

¹² Para Deleuze y Guattari el devenir animal no solo nos permite pensar los límites de lo humano, sino —como en la metamorfosis kafkiana— explorar los bordes en que nuestras formas de darle sentido al mundo pueden desdibujarse. En sus propias palabras: “Devenir animal consiste precisamente en hacer el movimiento, trazar la línea de fuga en toda su positividad, traspasar un umbral, alcanzar un continuo de intensidades que no valen ya sino por sí mismas, encontrar un mundo de intensidades puras en donde se deshacen todas las formas, y todas las significaciones, significantes y significados, para que pueda aparecer una materia no formada, flujos desterritorializados, signos asignificantes” (1978: 24)

He tenido la suerte de conocer animales salvajes: en la isla Gorgona, por ejemplo, me encontré con una serpiente que atacaba las cámaras fotográficas de los turistas; en el Amazonas, pude estar cerca de pirañas y anacondas; en los nevados he visto las grandes águilas y los rastros de los pumas nocturnos; sin embargo, nunca los he considerado una amenaza, podría decir —como escribiría Nietzsche hace mucho tiempo— que “he encontrado más peligros entre los hombres que entre los animales” (2003, p. 49). Me gustan los animales libres más que las mascotas, así mismo me gustan los escritos que creen en la libertad intelectual más que los informes de investigación. Los textos que se encuentran a continuación pueden ser considerados estudios de crítica de arte, sin embargo, no se reducen a la elaboración de juicios sobre obras concretas, son escritos en los que me pregunto por los márgenes de las obras, por lo que pasa después de que son producidas, en ellos abordo su capacidad de provocación política, las prácticas de mediación, intermediación y educación artística. El lector deberá disculparme porque prefiero una escritura en primera persona, discontinua, un poco desordenada, saturada de imágenes e interrupciones. Me gusta pensar que escribí estos textos sirviéndome de esa cualidad de los animales que consiste en estar al acecho y buscar “líneas de fuga”, por eso me sirvo de metamorfosis, paradojas, fábulas y derivas. Quizá —aquellos que saben leer entre líneas— puedan acusarme de imprudente o precipitado, pero he aprendido una premisa de mis estudiantes: “la ropa sucia no se debe lavar en casa”.